

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 219

Valencia, 8 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

## "Las mujeres dan valor"

Un mi amigo me dice:

—Bien. Ya he visto eso de Las Camas de la Muerte. El título es espeluznante y sube de punto cuando se contempla la estampa. Goya, en «Los Desastres de la Guerra», llega a realizar de un modo prodigioso el punto culminante de aquella evolución artística, más imaginaria que real, pero a la cual no puede regateársele agudeza, que formulara Flaubert, en cuya virtud el arte comenzaba por estar ligado a la pesadez y abundancia de la materia —ejemplo: las pirámides— y, de grado en grado, a compás de los siglos descendientes, iba dejándose ésta en el camino, reduciéndose, al final de la evolución, a nada, a un mínimo de materia —¿qué menos que la de un grabado de Goya y la de una estampa de Hokusay?— y a un máximo de espíritu y de expresión. Por eso, siguiendo un poco tu modo de expresarte, diré que cada lámina de esas es un condensador potentísimo de emotividad. Buen momento este para volverlas a ver todas, para considerarlas y desentrañar el simbolismo tácito —tan actual... y de siempre— que encierran.

—Así es —le replico—. Yo estoy repasando la serie en mi memoria, que es en cierto modo una especie de recreación, porque no tengo a mano ni siquiera reproducciones de la misma que sirvieran de ayuda a mis recuerdos. Y no me pesa, ciertamente. Porque tal vez podré incurrir en alguna ocasión en flaqueza de memoria, y con ella en error de detalle, y ya me ha sucedido esto con «Las Camas de la Muerte», cuando digo en mi escrito que están distribuidas simétricamente en un aposento, siendo así que el lugar donde se desarrolla la escena más bien parece una calle, sin otro transeúnte que el protagonista, el fantasma de la vieja tragicómica, que no va tampoco hacia el fondo, sino hacia el espectador, y las camas de la muerte son un amasijo de bultos téticos que le hacen fondo como de un extrañísimo mar. Pero errores de este tipo no afectan para nada a lo esencial, que es, por decirlo así, el elemento musical de la emoción añeja, que pervive en la conciencia; y, en cambio, esa libertad de recordar e imaginar, sin sujeción estricta a la letra, a base de impresiones que son recuerdos, tiene para divagaciones de este tipo no pocas ventajas, pues en esta ocasión se trata menos de hacer un análisis puramente estético de tales estampas que intentar sacar, aunque fuere algo arbitrariamente, tomando como reactivo los acontecimientos actuales, la moraleja tácita y subyacente que cada lámina contiene.

—Las que puso Goya —interrumpe mi amigo— y las que tú pones a tu capricho.

—¿Y por qué no? —replico—. Las obras de arte, dotadas del don divino de la perdurabilidad, provocan, en virtud de tal condición, la actividad de toda mente que se pone en contacto con ellas sugiriendo al vivo de imaginación teoría sin fin de moralejas. Hay una forma de crítica que consiste en eso: en sacar la moraleja, y es tan vieja como las artes y las letras.

«Las mujeres dan valor!» He aquí la estampa que voy a tomar en este momento como tema de prestimano. Representa una barbiata del pueblo, con un niño bajo el brazo, llena de furor sagrado, que acomete, pica en ristre, a una patrulla de soldados franceses. Sugiere en primer lugar esta pregunta: ¿Qué papel juegan las mujeres en «Los desastres de la Guerra»? La respuesta viene prontamente: Pues el mismo que los hombres. Se portan como ellos; muestran la misma fiera, idéntico furor combativo; mueren y matan de la misma manera, a veces, con mayor astucia y más in-

fernal —en este caso, santa— pasión. Son como aquellas mujeres de aragoneses y catalanes que, por ausencia de sus hombres, defendieron desde la muralla de Galipoli y de las que Francisco de Moncada dice: «La resistencia mostró luego que sólo en el nombre parecían, y en el esfuerzo y constancia varones invencibles.» Goya, como Galdós, tienen pasión por la mujer del pueblo. Galdós, por su parte, ha dicho que «la maja es lo femenino puro»; Goya lo suscribe. Suele éste amasar sus heroínas más preciadas con dos principales y poderosos ingredientes: sensualidad, atractivo venústico de su carne prieta y elástica, y fiera. Sus mujeres, en su guerra, lo mismo cuando huyen alocadas, en camisa, del incendio, el sable y la metralla «gabacha», que cuando se defienden con las uñas y los dientes de los ataques de algún «marte» encandilado y rijoso, muestran siempre en lo corporal ondulaciones graciosas, que los conocedores, los expertos en las dulzuras de «eterno femenino», justiprecian muy alto. No desmerecen en ningún caso de las de la Duquesa Cayetana. Pero esta hembra, placentera en la paz, con todas las virtudes que «las dueñas chicas han», según las enumera el goliardo de Hita, es una pantera cuando se trata de defender su honor, su hogar y su patria. No en vano exclama Goya: «¡Las mujeres dan valor!»

Veamos sucintamente los papeles que desempeñan en «Los desastres de la guerra»: Entierran los muertos, sus hombres, caídos en el campo del honor, desolados, sí, pero no resignados. Les llegará la hora de vengarlos: es su fe. Disparan el cañón, cuando los servidores del mismo yacen en tierra. Se sienten a veces sus planidos desgarradores ante las ruinas del hogar y los cadáveres de los suyos. Mas no son de flaqueza: son los de la leona que ha perdido los cachorros. ¡Ay del cazador si lo atrapa! Reparte agua y municiones en la línea de fuego; pica el amor propio de los combatientes en los trances apurados; y, si hace falta, echa mano al trabuco de un muerto o de un herido. No hay, pues, acto belicoso que no realice.

Así es la mujer de Goya en la guerra. No es, por cierto, «la monja alférez», que se echa por los caminos del mundo a la busca de viriles aventuras. Nada de eso, aunque ese tipo de mujer se dé no poco en España en los momentos agrios de las conmociones político-sociales. La mujer de Goya nada tiene de aventurera; es, en general, la mujer de su casa, la vestal del hogar, que sabe defenderlo fiera y altaneramente de la irrupción del bárbaro que lo allana. Defiende, como sea, sin escrúpulos en los medios, su honor, su familia, su casa, su tierra, su propiedad espiritual y material; en fin, toda su vida y con ella lo más sólido y firme de la vida de su país.

Tal es la mujer de Goya: sensual y fiera. Cuando la retan al combate, cuando la mueven guerra, cuando la fatalidad histórica le obliga a hacer la guerra a los otros, entonces, por instinto, de guerrera que es por naturaleza, practica, sin saberlo, la teoría de la guerra tal cual la entiende y expone el general prusiano Clausewitz, gran tratadista de «re» bélica.

Raro y hasta cómico capricho de la asociación de ideas: al par que pasa por mi memoria el «film» de las mujeres goyescas actuando en la guerra —y las mujeres goyescas son las mujeres españolas de esta guerra y las otras— entreverábase con él, como comentarios explicativos... con su punta de humor, retazos de frases y parrafadas imponentes que una lectura antigua de la obra magna del general prusiano, «Teoría de la Gran Guerra», había dejado en la textura de mis recuerdos. ¡Ah!, suceso extraño y si se quiere divertido, apto para el

## EL FAS-

cismo italiano,  
impaciente

ante la situación internacional, trata de extender la guerra a todo el mundo

Las maniobras de Mussolini  
contra la U. R. S. S.

El órgano de los emigrados italianos residentes en París, «La Voce degli Italiani», dice lo siguiente:

«Stampa», de Turin, publica, bajo el título de «Rusia alimenta el incendio», una información de Tokio, en la cual se acusa a la Unión Soviética de haber suministrado a China, para su guerra con el Japón, 362 aeroplanos, 200 carros de asalto y 400 cañones.

La noticia, por su inverosimilitud, no debería ni comentarse si no se tratara de otra maniobra fascista contra Rusia. Una prueba de ello la da un despacho emitido por la Agencia Havas, desde Tokio, en el que se comunica que «el portavoz del ejército japonés ha declarado no tener ninguna prueba de que los «soviets» hayan prestado ayuda a China, ni de que se preparen a intervenir».

Eso significa que no es Tokio quien formula las acusaciones contra la U. R. S. S., como el corresponsal de la «Stampa» —un tal Vittorio Alessi— dice, sino que es en las redacciones de los diarios fascistas donde se fabrican esas falsedades contra la Unión Soviética para excitar al Japón contra ésta y obligarle a no decir nunca la verdad, pese a que se sabe que los «soviets» no se han mezclado en el conflicto.

El fascismo italiano, impaciente ante la situación internacional, trata de extender la guerra a todo el mundo en el menor tiempo posible, por lo cual considera que el ritmo de los militaristas japoneses es demasiado lento, pretendiendo lanzarlo a una acción más acelerada, en la que están cifradas unas esperanzas que han de derrumbarse al soplo de las democracias.

comentario zumbón de un Aristófanes: estas majas goyescas, contemporáneas del gran tratadista militar, practican en lo esencial el sistema de guerra preconizado por él; que con esta o la otra variante ha sido siempre el mismo en lo moral. Véase si no: «La guerra —afirma un poco perogruescamente Clausewitz, sin duda replicando por lo bajo a los filántropos de la paz perpetua— es un arte de violencia, en el cual el empleo de la fuerza es ilimitado.» Con las uñas, con los dientes y el puñal se defienden las mujeres de la estampa titulada «No quieren», bárbaro hoplita que intenta forzar a una de ellas. «La guerra —continúa el general— tiene un solo fin: aniquilar al adversario, poniéndole en situación de no poder continuar la resistencia. Un solo medio: la fuerza. No existe otro. Su empleo debe manifestarse solamente por la muerte y la destrucción.» Siempre que puede, la heroína goyescas practica el precepto «ojo por ojo, diente por diente», superándole, si es posible. Remata Clausewitz la sarta de sentencias eternas, las de todos los grandes guerreros: «Será siempre un absurdo —añade— introducir el principio de moderación humanitaria en la filosofía de la guerra.» Claro que a esto puede replicar la maja que a ella le tiene sin cuidado esa filosofía; pero que, por instinto, llegada la ocasión, la practica bonitamente por todos los medios bélicos a su alcance: uñas, dientes, patadas, puñales, facas, el veneno o el sistema capcioso, infalible, perfecto, a base del tálamo, de Judit o de Dalila. De donde puede deducirse que, en último análisis y dando de lado las disquisiciones técnicas y psicológicas, que son agudísimas y certeras, lo esencial de la filosofía bélica teórica y práctica de Clausewitz yace latente y viva en el fondo radical de la naturaleza humana.

«¡Las mujeres dan valor!» ¡Eternidad de las mujeres goyescas! Quien quiera ejemplos actuales, que espacie la mirada por el convulso panorama de España. Los tendrá de todas clases y colores.

JUAN DE LA ENCINA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

La persecución nazi  
contra los judíos  
Se facilitan abogados  
arios...

BERLIN. — Para evitar que casas comerciales a emanas continúen encargando la solución de sus pleitos a abogados judíos, la Liga nacionalsocialista, acaba de publicar una lista de abogados arios, que en todas las partes del mundo, tienen la preferencia para resolver los pleitos alemanes. La lista ha sido confeccionada por una sección de la Liga, encargada especialmente de las cuestiones extranjeras.

En segunda página:

CARTA  
DE  
THOMAS  
MANN

Al Decano de la Facultad de  
Filosofía de la Universidad de  
Bonn



# Carta de Thomas Mann

"Bonn, Dic. 19. 1936.--Al señor Thomas Mann, escritor: A solicitud del Rector de la Universidad de Bonn debo informar a usted que, como consecuencia de la pérdida de su soberanía, la Facultad de Filosofía se ve obligada a borrar su nombre de la lista de doctores honorarios. Su derecho a hacer uso de este título queda, pues, cancelado, de acuerdo con el artículo octavo del Reglamento, referente a la otorgación de títulos.

El Decano (firma ilegible).  
La Facultad de Filosofía de la  
Universidad Frederick-William  
sobre el Rhin."

## Al Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bonn

He recibido la melancólica comunicación que me ha dirigido usted con fecha 19 de diciembre. Me permito contestar a ella como sigue:

Las universidades alemanas comparten una seria responsabilidad en todas las presentes desgracias que ellas mismas se buscaron cuando trágicamente equivocaron su histórica hora y permitieron que el suelo alimentara las fuerzas crueles que han devastado a Alemania moral, política y económicamente. Esta responsabilidad de dichas universidades destruyó hace tiempo el placer que podría proporcionarme mi honor de académico y me impidió hacer absolutamente uso alguno de él. Además tengo hoy un grado honorario de Doctor en Filosofía y Letras que me ha sido conferido más recientemente por la Universidad de Harvard. No puedo menos de explicar a usted los motivos por los cuales me ha sido conferido ese título. Mi diploma contiene una sentencia que traducida al latín, dice: «... nosotros, el Presidente y Miembros de la Junta Administrativa, con la aprobación de los honorables Superintendentes de la Universidad, en sesión solemne hemos designado y nombrado Doctor Honorario en Filosofía y Letras a Thomas Mann, famoso escritor, quien ha interpretado la vida para muchos de nuestros conciudadanos y que con sólo unos pocos contemporáneos sostiene la alta dignidad de la cultura alemana; y le hemos otorgado todos los derechos y privilegios que corresponden a este grado».

En tales términos, tan curiosamente contradictorios al punto de vista alemán del momento, los hombres libres y cultos del otro lado del océano, piensan de mí, y puedo añadir que no es solamente allí. Jamás se me hubiera ocurrido hacer alarde de las palabras que acabo de citar; pero aquí y hoy puedo, mejor dicho, debo repetirlas. Si usted, señor Decano (no sé nada del procedimiento que se ha seguido para el caso), ha fijado una copia de la carta que me dirigió, en la tablilla de anuncios de esa Universidad, me complacería que esta respuesta mía recibiera el mismo honor. Quizá algún miembro de la Universidad, algún estudiante o catedrático, pueda ser asaltado por un temor repentino, un presentimiento aterrador prontamente dominado, al leer un documento que le dé en su ignominiosamente forzado aislamiento e ignorancia un resplandor fugaz revelador de la inteligencia que existe todavía fuera de su país.

Aquí yo podía terminar. Y, sin embargo, ciertas explicaciones me parecen convenientes, o por lo menos permisibles en estos momentos. Nada dije cuando se anunció que yo había perdido mis derechos civiles, a pesar de que más de una vez se me pidió que lo hiciera. Pero estimo que el desposamiento académico es una ocasión apropiada para hacer una breve declaración personal. Ruego a usted, señor Decano (ni siquiera tengo el honor de saber su nombre), que se considere como simplemente el receptor de una comunicación que no ha sido concebida para usted personalmente.

He pasado cuatro años en un destierro que sería un eufemismo llamarlo voluntario, pues si yo hubiera permanecido en Alemania o hubiera regresado allá, probablemente no estaría vivo hoy. Durante estos cuatro años, el craso error cometido por la fortuna cuando me colocó en esta situación, no ha dejado nunca de atormentarme. Yo nunca hubiera soñado, jamás se me hubiera profetizado en mi cuna, que yo iba a pasar los últimos años como un emigrado, expropiado, proscrito, y condenado a inevitable protesta política. Desde el comienzo de mi vida intelectual, yo me había sentido completamente afin con el temperamento de mi nación, y muy en mi elemento dentro de sus tradiciones intelectuales. Soy más apropiado para representar estas tradiciones que para ser mártir de ellas; más apto para añadir un poco de alegría al mundo que para alimentar conflictos y odios contra él. Algo muy inicu tiene que haber ocurrido para hacer que mi vida tomara una dirección tan falsa y tan contraria a mi naturaleza. Yo traté de parar esa iniquidad en lo que estuvo dentro de mis débiles fuerzas, y al tratar de hacerlo me atraje sobre mí mismo el destino que ahora tengo que aprender a reconciliar con una naturaleza esencialmente extraña a él.

Ciertamente que desaté la cólera de estos despotas permaneciendo fuera del país y dando evidentes pruebas de mi irreprimible disgusto. Pero no lo he hecho solamente durante los últimos cuatro años. Yo me sentía así desde mucho antes, y fui llevado a ello porque veía —antes que mis ahora desesperados conciudadanos— quién y qué iba a emerger de todo esto. Pero cuando Alemania, por fin, cayó de hecho en esas manos, mi intención fué mantenerme callado. Creí que el sacrificio que había hecho me había ganado el derecho al silencio; que éste me permitiría conservar algo muy querido para mí —el contacto con mi público de Alemania—. Mis libros, me decía yo, son escritos para los alemanes, para ellos antes que para nadie; el mundo de fuera y su simpatía han sido siempre para mí tan sólo un accidente feliz. Ellos son —estos libros míos— el resultado de un vínculo mutuamente nutrido entre la nación y el autor, y dependen de circunstancias que yo mismo he contribuido a crear en Alemania. Vínculos como éstos son delicados y de gran importancia; no debían ser rudamente rotos por la política. Aunque pudiera haber gentes impacientes en mi país natal que, por haber sido ellas antes amordazadas, tuvieran a mal el silencio de un hombre libre, yo podía todavía esperar que la gran mayoría de los alemanes comprendiera mi reserva, y quizás hasta me la agradecerían.

Estas eran mis suposiciones y mis propósitos. No pude llevarlos a cabo. No había podido vivir y trabajar, me hubiera asfixiado, si no me hubiese sido posible de vez en cuando purgar mi corazón, desahogar de vez en cuando mi inmenso disgusto por lo que estaba ocurriendo en mi país —las despreciables palabras y los todavía más despreciables hechos. Con justicia o sin ella, mi nombre había sido una vez y para siempre relacionado para el mundo con el concepto de una Alemania que el mundo amaba y admiraba. Un reto inquietante sonaba en mis oídos; que yo y nadie más debía, en términos claros, contradecir la repugnante falsificación que este concepto de Alemania estaba sufriendo ahora. Ese reto perturbaba todas las ideas creadoras que fluían libremente en mi cerebro y a las que yo, de tan buen gusto, hubiera cedido. Era un reto difícil de resistir para aquel a quien le había estado permitido expresarse y desahogarse por medio del lenguaje, a quien la experiencia había sido siempre una con la purificante y eterna Palabra.

El misterio de la Palabra es grande; la responsabilidad por ella y por su pureza es de carácter simbólico y espiritual; tiene no solamente significado artístico, sino también un significado general ético; es la responsabilidad misma, la responsabilidad humana simplemente, también la responsabilidad por el pueblo de uno, el deber de conservar pura su imagen ante la Humanidad. En la Palabra está involucrada la unidad de la humanidad; la integridad del problema humano, que no le permite a nadie, hoy menos que nunca, separar lo intelectual y artístico de lo político y social, y aislarse dentro de la torre de marfil de lo «cultural» propio. Esta verdadera totalidad forma una ecuación con la humanidad misma, y la persona —sea quien fuere— que pretende totalizar un segmento de la vida humana, por el cual quiero significar la política, el Estado, realiza un ataque criminal contra la humanidad.

Un autor alemán, acostumbrado a esta responsabilidad de la Palabra —un alemán cuyo patriotismo, quizá cándidamente, se expresa en la creencia en el infinito significado moral de lo que pase en Alemania—, ¿debe permanecer callado, enteramente callado, frente al mal inexplicable que se está haciendo diariamente en su país a los cuerpos, a las almas y a las mentes, al bien y a la verdad, a los hombres y a la humanidad? ¿Y debe permanecer callado frente al terrible daño al continente entero que representa este régimen destructor del alma, que está en profunda ignorancia de la hora que ha sonado hoy en el mundo? No era posible para mí permanecer callado, y, por tanto, en contra de mis intenciones, vinieron las declaraciones, los gestos inevitablemente comprometedores que han resultado ahora en lo deplorable y absurdo de mi excomunión nacional. El simple conocimiento de quienes son estos hombres que resultan poseedores del despreciable poder aparente de privarme a mí de mi derecho de nacimiento alemán, es suficiente para que el acto aparezca en toda su absurdidad. ¿Suponer que he deshonrado yo al Reich, a Alemania, por confesar que estoy contra ellos? ¿Tienen la increíble osadía de confundirse ellos con Alemania? Cuando, después de todo, quizás el momento no esté lejano en que sea de suprema importancia para el pueblo alemán no confundirse con ellos.

¿A qué situación, en menos de cuatro años, han traído a Alemania! Arruinada, consumida y seca de cuerpo y alma por los armamentos con los que amenazan al mundo entero, asaltando al mundo entero y poniéndole obstáculos en su empeño de paz, amada por nadie, mirada con temor y con fría aversión por todos, está al borde del desastre económico, mientras sus «enemigos» extienden sus manos en alarma para salvar del abismo a

miembro tan importante de la futura familia de naciones, para ayudarla, con tal de que recobre sus sentidos y que trate de entender las verdaderas necesidades del mundo en esta hora, en vez de tener sueños místicos de «necesidades sagradas». Sí, después de todo, tienen que ayudarla aquellos mismos a quienes ella obstaculiza y amenaza, para que no arrastre con ella al resto del continente y desate la guerra en la cual, como «última ratio», tiene constantemente fijos sus ojos. Los Estados maduros y cultos —quiero decir aquellos que entienden el hecho fundamental de que la guerra no es ya permisible— tratan a este país amenazado y amenazante, o más bien a los imposibles líderes en cuyas manos han caído, como tratan los doctores a un hombre enfermo —con el mayor tacto y cuidado, con inagotable, por no decir condescendiente paciencia. Pero él cree que debe jugar a la política —la política del poder y la hegemonía— con los doctores. Ese es un juego desigual. Si un lado juega a la política cuando el otro no piensa ya en política, sino en la paz, entonces, por un tiempo, el primer lado obtiene ciertas ventajas. La ignorancia anacrónica del hecho que la guerra no es ya permisible, resulta por un tiempo naturalmente en «éxitos» contra los que reconocen la verdad. Pero desgraciado el pueblo que, no sabiendo qué camino tomar, lo encuentra por fin a través de la abominación que significa la guerra, odiado de Dios y de los hombres. Tal pueblo está perdido. Será vencido hasta el punto de que nunca podrá levantarse de nuevo.

El sentido y el propósito del estado nacionalsocialista es sólo éste y sólo puede ser éste: preparar al pueblo alemán para la «próxima guerra» por medio de crueles represiones, eliminación, extirpación de toda agitación y oposición; hacer de él un instrumento de guerra, infinitamente dócil, sin el más mínimo pensamiento de crítica, guiado por una ciega y fanática ignorancia. Tal sistema no puede tener ningún otro sentido ni propósito, ninguna otra excusa; todos los sacrificios de libertad, justicia, felicidad humana, inclusive los crímenes secretos y los manifestos de los cuales ha sido gozosamente responsable, pueden justificarse solamente por el fin —absoluta preparación para la guerra—. Si la idea de la guerra como un objetivo en sí misma desapareciera, el sistema no significaría otra cosa que la explotación del pueblo; sería absolutamente sin sentido y superfluo.

A decir verdad, es ambas cosas sin sentido y superfluo, no sólo porque no se le permitirá la guerra, sino también porque su objetivo principal, absoluta preparación para la guerra, va a resultar en algo enteramente opuesto a lo que se propone. No hay otro pueblo hoy en la tierra tan absolutamente incapaz de ir a la guerra, tan poco preparado para sobrellevarla. El que Alemania no tenga aliados, ni uno solo en el mundo, es la primera consideración, pero la de menos. Alemania quedaría desamparada —algo terrible, naturalmente, aun en su aislamiento—, pero lo verdaderamente espantoso sería el hecho de que se habría desamparado ella misma. Intelectualmente reducida y humillada, moralmente desentrañada, internamente desmembrada por la profunda desconfianza en sus líderes y el daño que le han hecho durante estos años, profundamente intranquila, ella misma, ignorante, desde luego, del futuro, pero llena de malos presentimientos, iría a la guerra, no en las condiciones en que fué en 1914, sino, aun físicamente, en las de 1917 ó 1918. El diez por ciento de los beneficiarios directos del sistema —la mitad de ellos ya caídos no sería suficiente para ganar una guerra en la cual la mayor parte del resto de su población vería solamente la oportunidad de sacudir la vergonzosa opresión que ha pesado sobre ellos por tanto tiempo —una guerra, que después de la primera inevitable derrota se transformaría en una guerra civil.

No, esta guerra es imposible; Alemania no puede hacerla; y si sus dictadores no están locos, entonces al asegurar que quieren la paz nos están mintiendo técnicamente a la vez que guían el ojo a sus partidarios; tales aseveraciones provienen de que pusilánimemente se dan cuenta de esta misma imposibilidad. Pero si la guerra no puede ser y no será —entonces, ¿por qué estos ladrones y asesinos? ¿Por qué el aislamiento, la hostilidad hacia el mundo, el desorden, el interdicto intelectual, la oscuridad intelectual y todos los males? ¿Por qué no en vez de esto, el retorno voluntario de Alemania al sistema europeo, su reconciliación con Europa, con todo el acompañamiento esencial de la libertad, de la justicia, el bienestar y la decencia humanos y una jubilante bienvenida del resto del mundo? ¿Por qué no? Solamente porque un régimen que en palabra y en hechos niega los derechos del hombre, que quiere, sobre todo, quedarse en el poder, se embrutecería y sería abolido si, puesto que no puede hacer la guerra, hiciera en realidad la paz. Pero, ¿es una razón?

Me había olvidado, señor Decano, de que todavía me estaba dirigiendo a usted. Puedo seguramente consolarme con la reflexión de que habrá usted dejado de leer esta carta a poco de comenzarla, horrorizado por un lenguaje que hace tiempo dejó de hablarse en Alemania.



terrorizado porque alguien se atreva a emplear la lengua alemana con la libertad de antaño. No he hablado por arrogante presunción, sino por una ansiedad y un dolor de que esos usurpadores no me privaron al decir que yo no era ya alemán —un dolor mental y espiritual del que mi vida no ha estado libre ni una hora durante cuatro años, y luchando con el cual he tenido

que hacer día tras día mi trabajo creador—. La presión ha sido grande. Y como un hombre que por indiferencia en materias religiosas rara vez deja que se le escape de la lengua o de la pluma el nombre de la Deidad, pero, a pesar de ello, no puede en momentos de honda emoción reprimirse, permítame —ya que después de todo uno no puede decirlo todo— cerrar esta carta con la bre-

ve y ferviente plegaria: que Dios ayude a nuestra denigrada y profanada patria y la enseñe a hacer la paz con el mundo y con ella misma.

THOMAS MANN

Kusnacht, Zurich, día de Año Nuevo, 1937.

## ¡ARAGON PARA LA REPUBLICA!

### En Belchite, que es ya una villa de la retaguardia, ayer por la mañana, el empuje de las armas leales acabó con los dos reductos

A la una y media de la madrugada, fuerzas republicanas tomaron por asalto la iglesia, convertida en fortaleza por los fascistas

Desde el viernes, las fuerzas leales a la República eran dueñas de la populosa villa de Belchite. La tenían rodeada, cercada de tal forma, que era imposible una reacción en contra. De los victoriosos ataques del primer día, quedaron supervivientes facciosos. Como siempre, eran los jefes, los requetés, los falangistas, todo ese conglomerado que sólo se preocupa de tener bien cubierta la retirada y de echar por delante, en calidad de carne de cañón, a los moros, a los legionarios, a los soldados de cupo, que sacaron de sus pueblos a culatazos después de asesinar a sus familias.

Pero, en esta ocasión, los acontecimientos se desarrollaron tan vertiginosamente, que los fascistas, cuando quisieron darse cuenta, tenían cortada la carretera, levantados los rieles del ferrocarril, cercada la villa y, volteando los aires, obuses de todos los calibres, lluvia copiosísima de metralla que hacía irrespirable el ambiente y destruía sin cesar el caserío, sepultando secciones enteras y pulverizando barrios, fortificaciones y defensas. Vino más tarde el asalto con la terrible carnicería en sus filas y las evasiones en masa, y los dirigidos de la defensa, sin escape posible, comprendieron que no había más remedio que entregarse o resistir.

Optaron por esto último, y en la iglesia —sólido edificio—, en la Comandancia militar y en el Ayuntamiento se encerraron el jefe de las fuerzas y de la Falange de Zaragoza, comandante del regimiento de Castillejos, Joaquín Santapau, trescientos y pico de subalternos de estas partidas y los fascistas del pueblo, con sus familias y más de cincuenta mujeres y chicos que a viva fuerza hicieron entrar con ellos en los tres reductos donde quizá pensaban repetir el caso del Alcázar de Toledo.

La criminal maniobra de Santapau ha sido inútil. Quería lograr su seguridad a costa de sangre inocente, pero todo lo hecho le ha resultado estéril. Su odisea ha durado escasamente dos días. Desde la torre de la iglesia, desde los balcones y ventanas de los dos reductos restantes, han estado agrediendo con fuego de ametralladora y bombas de mano a las fuerzas que trababan de llegar a aquel sector del pueblo. Mientras tanto, en el interior de la iglesia el griterío era impresionante. Los niños y las mujeres llevados allí a la fuerza por los fascistas pedían con voces angustiosas que se les dejara salir. Lloraban los chiquillos e insultaban las mujeres, enloquecidas por la angustia, al observar cómo la artillería republicana iba derrumbando los muros, los sacos de tierra y las barricadas de los facciosos.

Santapau ordenó a sus incondicionales que fueran destruyendo los edificios en las casas para escalarlos «pacos» que hostilizan constantemente a los conquistadores de Belchite. Todo fue inútil.

El domingo, al atardecer, llegamos a Belchite unos periodistas que nos hundimos en aquel infierno de humo, polvo y derrumbamientos que surgían por todo el recinto de la villa. No hubo manera de se-

guir... Era peligrosísimo. Llovían por todas las calles los proyectiles, acompañados de constantes morteros, y la respiración era difícil, por el número de muertos que había en todas partes, abandonados por los facciosos en franca y desmoralizadora huida. Nos retiramos a uno de los arrabales de Belchite, pues se preparaba el asalto a la iglesia...

¡AQUELLOS POBRECITOS NIÑOS, QUE QUERIAN HUIR! LA TOMA DE LA IGLESIA... GRAN NUMERO DE MUERTOS Y PRISIONEROS...

Antes de abandonar el casto de la villa, tuvimos ocasión de presenciar un bárbaro espectáculo, que hizo culminar la indignación de todos los que allí nos hallábamos.

A las exhortaciones del mando republicano de que dejaran salir de la iglesia a los que por la fuerza se encontraban allí, contestó el jefe de Falange de Zaragoza con insultos, injurias y unas ráfagas de ametralladora... Entonces, el comandante de uno de los batallones dispuestos para el asalto a la iglesia, logró abrir en un acto de audacia una de las hojas de la puerta del templo y arrancar de aquel lugar a nueve mujeres y dieciocho chiquillos que corrieron detrás pidiendo auxilio... Santapau, desde la torre, al darse cuenta de que se les escapaban aquellos inocentes, les arrojó tres bombas de mano, que causaron muertos y heridos entre las infelices criaturas.

Ya no se podían tener contemplaciones con aquellos bárbaros que eran capaces de asesinar a éstos seres indefensos. Comenzó de nuevo el ataque.

La noche, con su constante cortejo de luminarias impresionantes, por las explosiones de dinamita, será difícil de olvidar.

A la una y media de la noche, las fuerzas republicanas lograron saltar las puertas de la iglesia, y a la bayoneta entraron a desalojar a aquellas fieras de la casa de Cristo. En el interior, al respaldar de las llamas, que habían prendido en la edificación, la lucha fue tan terrible como rápida. Los facciosos, imposibilitados de ganar la parte de la torre y los coros, por haberse derrumbado la escalera, trataron de buscar la huida por ventanas y puertas traseras. Unos treinta lograron salir al campo, pero equivocaron el camino y en vez de seguir en dirección a Zaragoza, marcharon hacia la zona leal, donde unas fuertes descubiertas los persiguen por los cerros inmediatos, y ya han sido capturados más de la mitad. Otros, se entregaron y unos ciento veinte se congregaron para defenderse en el Ayuntamiento y en la Comandancia.

Esta primera fase de la total ocupación de Belchite terminó a las dos y media con más de ciento treinta muertos, fascistas, ochenta heridos y la captura de doscientos prisioneros, a más del botín que consistió en cuatro ametralladoras, nueve morteros, trescientos fusiles y verdaderos montones de cartuchería.

A las cinco de la mañana, continuaba el combate para reducir los otros dos reductos de la facción en la populosa villa aragonesa.

ESPANTOSO ESPECTACULO. — LA TOMA DEL AYUNTAMIENTO Y LA COMANDANCIA. — ¡BELCHITE, CIUDAD DE LA RETAGUARDIA!

El amanecer de hoy nos ha vuelto a la realidad de lo que creíamos una espantosa pesadilla. Hemos penetrado de nuevo en la villa por la plaza dedicada al glorioso pintor Francisco de Goya. Produce vértigos de horror aquella trágica pincelada del espanto de la guerra que, desencadenaron los fascistas. Un vertedero de inmundicias, animales despedazados por todos los sitios, casas destruidas, siembra de ropas y muebles por las calles intrasitables... La visión dantesca de más de 500 muertos que aún no han podido recogerse, en plena descomposición, bajo este sol que calcina las piedras. Hay que caminar con gran cuidado porque el suelo está cubierto de bombas de mano. En la calle Mayor, el ataque de los pasados días fue tan impetuoso que los fascistas abandonaron más de sesenta camillas llenas de muertos y de heridos que murieron luego desangrados, para correr a encerrarse en los últimos reductos y seguir la lucha con que tratan de arruinar a España. En el portal de la casa número 17, el espectáculo produce pavor: allí, obstruyendo la puerta hasta la altura de la escalera, hay un confuso montón de más de setenta muertos, todos combatientes del requeté y de Falange que no tuvieron tiempo de huir.

A las nueve y cuarto se recudece el fuego en dirección al Ayuntamiento y a la Comandancia. Las explosiones hacen trepidar los muros de lo que aún queda en pie, amenazando derrumbarlo todo.

Hay un inenarrable griterío y se asaltan, a la bayoneta calada, los dos últimos reductos facciosos. Penetran los leales en oleada por balcones, ventanas y puertas, y al fin, entre vivas frenéticos a la República, se hace ondear la bandera tricolor en los restos de lo que fue último baluarte de la traición.

Ya no hay enemigos en Belchite, ciudad hoy muy a retaguardia de la línea de fuego. Esta nueva victoria republicana ha costado a los facciosos ochenta y tantos muertos, gran número de heridos y la captura de medio centenar de prisioneros; setecientos fusiles, cinco ametralladoras más, muchísimas municiones y cuatro piezas de artillería, una del siete y medio y las restantes del once y medio.

Mientras llegan las brigadas de desinfección para enterrar cadáveres, se hace un silencio respetuoso; y en medio de la actitud más noble y gallarda, se abre calle, y van saliendo en camillas y en brazos de nuestros sanitarios todos los heridos facciosos.

Van para ser asistidos. Nosotros no hacemos lo que hiciera, para baldón de ignominia de un ejército, el rebe de Yagüe con nuestros heridos y enfermeras en Talavera y Toledo... Nuestros heroicos combatientes saben que los heridos son sagrados y, como a tales, los han colmado, en la jornada gloriosa de hoy, de atenciones y cuidados que son incapaces de prestar esas hordas al servicio del traidor Franco.

## La República Española en guerra

La República española está dando al mundo un magnífico ejemplo de valor y de voluntad.

El Gobierno de Valencia hace frente a los problemas más complejos y vence las mayores dificultades.

A menudo he oído críticas, dirigidas contra nuestros camaradas españoles, relativas a la falta de organización y a las lagunas que presentaba la acción del Gobierno republicano, pero no tenían en cuenta las circunstancias y las trágicas situaciones que tuvo que sortear.

Hoy se puede medir el camino seguido en todos los aspectos.

El Gobierno republicano ha tomado de la mano la conducción de una guerra que sabe que será larga. Enfoca esta perspectiva con sangre fría y con tenacidad. Se niega a tomar en cuenta toda mediación, todo compromiso. El pueblo español está preparado para cualquier sacrificio, con el fin de salvar «su» República.

Concentra todos sus esfuerzos en la Constitución y en el perfeccionamiento de este Ejército nacional, emanado del pueblo obrero y campesino. Su creación es un verdadero prodigio. He podido medir el camino recorrido desde las primeras semanas de guerra. La fase de las «columnas» constituidas por partidos políticos y organizaciones sindicales, fase heroica y gloriosa, pasó ya. Contra una agresión minuciosamente preparada y llevada a cabo, ha habido que poner en pie, totalmente, un aparato militar completo, con todos los múltiples servicios necesarios.

Ha habido que constituir los cuadros, fusionar, coordinar, instruir los elementos dispares. Gigantesca obra que aún no está terminada, pero que está en buen camino. Actualmente, se mantienen, se fortifican y se aprovisionan los frentes. Más de 500.000 hombres representan el efectivo del Ejército y más de 500.000 hombres forman las reservas.

Se comprenden las dificultades de esta tarea, se conocen los catastróficos efectos de la No Intervención, que entorpece gravemente el indispensable aprovisionamiento de este Ejército.

Pero el cuadro de acción del Gobierno estaría incompleto si no añadiésemos los esfuerzos hechos por la difusión de la instrucción, para disminuir el analfabetismo, medio vencido ya, para desarrollar la economía industrial y rural, para proteger los tesoros artísticos, para crear una vida cultural.

La República española vive horas trágicas, pero vive también una epopeya gloriosa en la que se forja todo un gran pueblo, toda una gran nación renovada.

Y mientras tanto, ¿qué hacen las democracias para ayudar a la República española?

El Gobierno republicano de España ha demostrado, a través de las negociaciones internacionales, un espíritu de conciliación, de moderación, de sacrificio que hoy podríamos agradecerle, sobre todo cuando los proyectos de las Potencias fascistas son abiertamente proclamados y realizados. El último discurso de Mussolini, la guerra submarina en el Mediterráneo, la solidaridad evidente de Roma y Berlín, todo esto nos hace ver claro la siniestra realidad.

He creído observar una resolución manifiesta para intentar salir de este «empirismo» que domina siempre, ¡ay!, la actuación de las potencias democráticas y para orientarse hacia las concepciones orgánicas de la seguridad colectiva. La sublime resistencia de la España Republicana nos proporciona aún el tiempo necesario para actuar en esta dirección. Pero hay que apresurarse a aprovechar sin demora este plazo, tan preciosamente ganado por el heroísmo de los republicanos españoles.

JEAN ZYROMSKI

(«Le Populaire», 24 agosto 1937.)

«Kultura» universitaria en la zona facciosa

### La Universidad de Valladolid nombra doctor «honoris causa» a Franco en reconocimiento de los méritos contraídos por el «generalísimo» en la toma de Santander por los italianos

«La Voz de España», de San Sebastián, del 29 de Agosto, publicó el siguiente telegrama:

«VALLADOLID.—Con motivo de la «liberación» del distrito universitario de Valladolid, por la reciente conquista de Santander, se ha reunido esta mañana el claustro universitario. A propuesta del Rector, se adoptó por aclamación entusiasta y unánime el acuerdo de nombrar doctor «honoris causa» de esta gloriosa Universidad, a Su Excelencia el Generalísimo Franco, «sim-

bolo agosto de la nueva y grande España», restaurador del Derecho y de la Justicia, encarnación del Ejército y la Milicia y del pueblo «auténticamente españoles».

Resulta grotesco e indignante a la vez el hecho de que Franco, ex general traidor a su patria, poco menos que analfabeto y vendido a los italianos y alemanes, sea nombrado doctor «honoris causa» de la castellanísima Universidad de Valladolid.



## La propaganda facciosa se basa en la mentira y en la calumnia

**"La España leal--dice Hans Mühlestein--vive en plena reorganización, seguridad, progreso y paz, e inicia un vigoroso renacimiento que hará de ella uno de los primeros países del mundo"**

«El Berner Tagwacht», publica un artículo de Hans Mühlestein, del cual extractamos los siguientes párrafos:

«Habiendo regresado hace poco de la España republicana, leo con particular extrañeza en la prensa suiza las «revelaciones» del llamado «Servicio de Información Salamanca», acerca del supuesto estado de cosas en la zona controlada por el «gobierno fantasma de Valencia». Este «Servicio de Información», insulta en el tono grosero y torpe de la propaganda de Goebbels, al único Gobierno legal de España reconocido también por Suiza.

Cuando apenas vuelto de Madrid, Valencia y Barcelona, leo esas «informaciones», siento particular extrañeza al ver cómo no se me han puesto los pelos de punta por el constante peligro de muerte a que he estado expuesto, al parecer, bajo el «terror» de las «hordas rojas bolcheviques». La verdad es que ni en Barcelona, ni en Valencia, ni en Madrid, ni siquiera en la zona inmediata de guerra, he notado el menor rasgo de ello. Solamente los aviones, bombas y granadas fascistas estorbaban la vida popular, rica, abundante y, para todo conocedor de la España anterior, tan maravillosamente disciplinada. ¿O es que, al fin y al cabo, esta nueva vida popular, rica y generosa que tan soberanamente se burla de todas las amenazas fascistas y de todas las leyendas que se puedan inventar sobre las supuestas crueldades cometidas por los «rojos», esta vida del pueblo español que lucha con todas sus fuerzas por la libertad, habrá sido un truco de propaganda organizado por los astutos «marxistas» españoles, para encubrir sus doctrinas «brutales y egoístas» ante el observador extranjero? El tráfico maravillosamente organizado de millones de hombres, el enorme desarrollo de la producción, tanto agrícola como industrial visible para todos, la amabilidad arrolladora y la hospitalidad verdaderamente fraternal de que he-

mos gozado hasta en el último rincón de Castilla y finalmente la generosidad de las autoridades con el propio pueblo y con los huéspedes extranjeros —generosidad casi increíble en tiempos de guerra civil—, ¿ha sido un grandioso engaño organizado por el «terror cruel, salvaje e inhumano», para ocultar su «anarquía revolucionaria»? Grandioso «engaño» el que es capaz de llenar la realidad de todo un pueblo, con una vida activa y creadora en todos los terrenos de la cultura y con un ímpetu capaz de transformar a la Humanidad entera.

Había que desear que se produjesen más «engaños y terrores» de esta clase en todos los pueblos, si este proceso enorme del renacimiento total de un pueblo, de cuya verdad un día se maravillará el mundo entero, no hubiese costado tantas víctimas sangrientas sin nombre, de las que casi ninguna familia española se ha librado y que ningún pueblo en la Historia, excepto, quizá, el ruso, ha sufrido con tanto heroísmo en su lucha para lograr su libertad. Esta gesta heroica, cuando sea conocida de todo el mundo será cantada y cantada por las generaciones más lejanas...

Sólo un mosaico de miles de hechos vívidos e irrefutables daría la imagen de la nueva España, tal como surge en este renacimiento histórico, como surgirá, a pesar de la acometida brutal del fascismo mundial unido. Porque el proceso revolucionario español, precisamente por su larga duración y por el número incalculable de sus víctimas ha penetrado demasiado hondo en las raíces del pueblo, para no brotar victoriosamente como fuerza histórica elemental, de esta raíz popular y para no barrer todas las cosas anticuadas, todas las imposiciones extrañas, dando al nuevo contenido una forma nueva y auténticamente española.

A través de esta nueva imagen se va formando el rostro de la nueva Europa. De la España republicana y, sobre todo, de Madrid, se vuelve con esta absoluta certeza.

## Lo que le costó a un alemán una salchicha que tiró por la ventana

BERLIN, 27. — Por haber tirado una salchicha por la ventana, declarando que «dejaba mucho que desear», fué despedido de la empresa donde prestaba sus servicios y del «Frente del Trabajo», el empleado Hechingen Wurtemberg.

El «Correo Nacional-Socialista» de Stuttgart, que publicaba lo anterior, añadía:

«Tales noticias pueden parecer demasiado fuertes, pero sirven para demostrar que es un deber de todo ciudadano alemán no desperdiciar los alimentos.»

(«Diario de Noticias», Lisboa, 28-VIII-1937.)

### EL TERROR FASCISTA EN ESPAÑA ES UNA FUNCION VITAL DE LA INSURRECCION.

El terror fascista en España no es un episodio «más» de la insurrección, sino una función vital. Badajoz, Irún, Toledo, Madrid... Cada etapa prueba que el asesinato en masa, organizado, es el único camino hacia el fin. El general Queipo de Llano confesó repetidas veces que su fin no es solamente la victoria, sino también el exterminio de todos los enemigos.

Después de la caída de Badajoz, Yagüe declaró, en una entrevista concedida a un enviado del «Deutscher Nachrichtenbureau»: «La lentitud con que vamos conquistando España nos permite una limpieza total de todos los elementos rojos del país.»

«En todos los tiempos —escribe el ilustre abogado señor Ortega y Gasset— las guerras civiles, rompiendo los lazos entre los miembros de nuestra nación, ofrecieron caracteres particularmente crueles; pero, a pesar de esto, los crímenes que se cometen por los rebeldes de hoy sobrepasan todos los límites imaginables en el terreno de la criminalidad colectiva.

El espíritu que domina entre esas hordas arcaicas es un espíritu de guerra carlista. Ese mismo espíritu reinaba durante la monarquía absoluta, cuando España estaba bajo el dominio de Fernando VII. Una vez más, en la historia, las boinas —los requetés— han caído en avalancha sobre la tierra española, regada de sangre. Otra vez más, en la historia, algunos obispos y curas toman parte en las guerrillas, de triste fama. Bendicen a los moros, que trajeron para asesinar al pueblo español, y les cuelgan del cuello medallas y crucifijos, haciéndolos creer que son amuletos.»

FRANCO, SIN MOROS, SIN LEGIONARIOS, SIN VOLUNTARIOS ITALIANOS Y SIN AVIAADORES ITALO-ALEMANES, NO PODRIA HACER NADA.

E. Presidente, en París, de la Prensa Anglo-Americana Unida, Edmond Z. Teyolar, que pasó los primeros meses de la guerra en la llamada «España nacionalista» dió una conferencia en el American Club el 20 de noviembre de 1936. Después de decir que no existía ningún motivo de odio personal entre los rebeldes y él, afirmó que el ejército de Franco recordaba a una banda de «lynchers» que persiguieron a un negro criminal en los Estados del Sur. Franco no podría hacer nada sin pilotos italo-alemanes, sin moros y sin «voluntarios». Esto significa, sencillamente, que las masas populares están contra él.

Franco no puede conquistar España así como Mussolini conquistó Italia o Alemania Hitler. No es Franco quien intenta conquistar España, sino Hitler y Mussolini.

De hecho, los rebeldes españoles irrumpieron en el país como un ejército invasor absolutamente extraño a España. Su centro lo formaban las fuerzas coloniales. Era éste un ejército bien armado, pero numéricamente débil. Para ocupar desde Gibraltar hasta los Pirineos un país de 25 millones de habitantes se hace preciso meter allí muchísimos «idealistas» italo-alemanes. Solamente con su ayuda se podría

ocupar. Pero no basta eso. Hay que mantenerse sobre el terreno. El único medio de mantenerse sobre él es aterrorizar a las masas y la mejor ilustración de éstas el bombardeo de las poblaciones.

### EL BOMBARDEO DE MADRID Y EL CINISMO DE LOS FACCIOSOS ANTE LA PROTESTA.

El día 16 de agosto de 1936 Franco declaraba al corresponsal de «Petit Parisien»: «Nunca bombardearé Madrid. No quiero exponer al peligro a gente inocente.»

Sin embargo, sin duda porque recibió otras instrucciones de sus colegas profesionales extranjeros, los bombardeos de Madrid que continúan hoy, empezaban trece días después exactamente, y a las doce de la noche.

El 7 de noviembre de 1936 el Estado Mayor del general Franco en Salamanca tuvo la desfachatez de publicar —después de seis bombardeos contra la ciudad: 2 y 4 de noviembre; es decir, cuando barrios enteros se hallaban ya en ruinas— un comunicado diciendo que «ninguna bomba ha sido arrojada sobre la población civil», y agregaba que «las informaciones de la Prensa extranjera se basaban en mentiras».

Cuando curas y escritores católicos —Ossorio y Gallardo, embajador en la República de París; Leocadio Lobo, vicario de la iglesia de San Ginés; García Gallego, canónigo de Segovia; José Gallegos Rocaful, canónigo de la catedral de Granada y profesor de la Universidad en Madrid; José Bergamín, redactor de la revista católica «Cruz y Raya» y José María Semprún, excelente escritor católico— hacían un llamamiento a los católicos de todo el mundo y protestaban contra los asesinatos de la población civil, sin antecedentes en la historia, el general-bufón, el general-histrión, el «mentiroso de Sevilla» y «príncipe de Málaga», contestaba cínicamente:

«La protesta de los católicos madrileños no tiene base. El bombardeo de una ciudad sitiada es un acto de guerra, imprescindible para desmoralizar al enemigo.»

Seguramente, con este mismo fin, era también necesario el bombardeo —con pesadas bombas alemanas— del colegio de niños de Getafe, arrabal de Madrid, donde no hay ningún, ABSOLUTAMENTE NINGUN OBJETIVO MILITAR.

Mac Namara, diputado conservador, miembro de la Comisión británica que fué a Madrid, dijo, el día siguiente de su llegada, al representante de la Agencia Reuter:

«Fuí testigo de uno de los crímenes más grandes que ha visto el mundo...»

El 30 de octubre, a las once de la mañana, dos «Junkers» han pasado en vuelo bajo. En un momento, 173 niños yacían entre charcos de sangre, entre las ruinas del colegio. ¿Qué culpa tenían estos pequeños niños? Y si no tenían culpa, entonces, ¿qué una peste mató a los otros niños blancos? Los pequeños ataúdes han sido inscritos en un catálogo y fotografiados. Las fotos han salido al mundo. También yo las recibí. Puedo, ahora, con la conciencia limpia, hacer «reclame» para una «guerra total», elevando, al mismo tiempo, el grito «Evviva Mussolini», «Heil Hitler», «Heil Goering», y en general «Sieghe!».

## El gran hispanista polaco Eduardo Boye describe los crímenes de los invasores del suelo español y el heroísmo de sus defensores

**Franco dijo a un enviado especial de "New Chronicle" "que no vacilaría en fusilar a la mitad del pueblo español para lograr sus fines", y en los primeros días de la rebelión asesinó a más de 50.000 personas**

En su tercer artículo de este estudio sobre «Las experiencias de la «guerra totalitaria» en España», se ocupa Eduardo Boye de los espantosos crímenes cometidos por los rebeldes, crímenes que no son —asegura— detalles de la insurrección, sino función vital del fascismo.

A la afirmación con que terminó su anterior: «Sobre la terrible carnicería que sucedió a la toma de Badajoz, tenemos muchísimo stestimonios», agrega:

«Este siniestro juego —al de la carnicería se refiere— ha sido inventado por dos teutones sombríos a los que el dios Odín de la antigua leyenda debe glorificar en vida.

Ludendorff lo desarrolló en sutiles disertaciones —véase su «Totaler Staatstotaler Krieg»— y Goering dijo abiertamente en el Reichstag que «no venía a hacer justicia, sino a destruir y a exterminar. («Vossische Zeitung», 4 Marzo de 1933.)

El nacionalsocialismo alemán hizo del terror toda una ciencia. La «doctrina» de la «guerra total» se aplicaba primero, únicamente, al enemigo interior, pero pronto resultó de esto ese «terror total» que está contemplando el mundo desde el 27 de febrero de 1933, fecha de la llegada del partido nazi al poder.

### EL FASCISMO ESPAÑOL ADOPTO LOS METODOS DEL TERROR NACIONALSOCIALISTA.

El fascismo español adoptó fielmente, siguiéndolos hasta en sus más mínimos detalles, los métodos del terror nacionalsocialista.

También Franco desea llevar a su país a un estado de catalepsia, con objeto de paralizar toda acción que suponga resistencia.

El número de fusilados no supone nada en este juego. Al décimo día del estallido de la rebelión, el general Franco recibió a un enviado especial de «New Chronicle», al que dijo, entre otras cosas, «que estaba decidido a provocar un conflicto internacional en el caso de que su plan corriera peligro de malograrse», y «que no vacilaría en fusilar a la mitad del pueblo español para lograr su fin.» («New Chronicle», 29 de julio de 1936.)

Y he aquí al Ricardo Corazón de León del micrófono de Sevilla, gel nera, Queipo de Llano, que ha dicho: «El 80 por 100 de las familias de Andalucía está de luto. En el camino de la victoria decisiva no retrocederemos ante nada. Continuaremos nuestra obra mientras quede con vida un solo marxista.»

Los hechos subrayaron, afirmándolas, estas palabras. En los primeros días de la rebelión militar

—solamente en los primeros días— fueron fusiladas en el territorio ocupado por los facciosos más de 50.000 personas: Badajoz, 4.000; Sevilla, 9.000; Marruecos, 3.000; Granada, 5.000; Zaragoza, 2.000, etcétera. Los datos están tomados del Colegio de Abogados de España y publicados por su presidente, don Eduardo Ortega y Gasset.

Estas palabras de Queipo de Llano y los hechos que las siguieron, repetimos, provocaron un aplauso don Eduardo Ortega y Gasset.

El «Der Angriff», del 17 de agosto de 1936, escribía:

«Afortunadamente, el antiguo sentimentalismo desaparece entre los «nacionales». Cada soldado se da cuenta de que llevar el terror hasta el fin, es preferible a soportar un terror sin límites.»

Y Kurt Kraenzlein, en el «Essener National Zeitung» del 10 de noviembre del mismo año, decía:

«Los generales ven la garantía de su victoria no tanto en sus éxitos militares como en la limpieza metódica de la retaguardia.»

«Una limpieza total del país —agregaba «Angriff» en fecha 21 de octubre de 1936— en la vanguardia y en la retaguardia, es tarea que corresponde a las unidades militares que, con el carácter de reserva, ocupan el territorio.»